

que es preciso evitar, persuadiéndose como S. Estéban de la verdad de la fé. Ahora nos vemos acometidos por un indiferentismo para con la religion que es preciso combatir, si no queremos pertenecer á ese número de réprobos, cuya ocupacion constante se reduce á inventar cada dia nuevas persecuciones, ya con un pretexto, ya con otro, para conseguir la posesion de los beneficios sociales que obtenian ú obtuviesen sus víctimas. Harto necesitan los nuevos perseguidores de los hombres justos encontrar quien resista á sus iniquidades, y demostrarles, que Jesucristo ha venido; y que al tiempo de explicar en la tierra las verdades de la moral evangélica, ha ofrecido castigo á los malos y premio á los buenos.

Procuremos, amados oyentes, pertenecer al número de los premiados imitando á S. Estéban; y para conseguirlo más fácilmente, solicitemos su intercesion y la proteccion que nos dispensará con el espíritu de bondad con que lo hizo á favor de los enemigos que le apedearon hasta concluir con su vida. El que tan caritativo se mostró con que le maltrataban, ¿desechará las súplicas de los que le bendicen? aquellos Seguramente que nó: la fama de su bondad y de sus virtudes, que la Iglesia celebra desde sus primeros tiempos, considerándole el primero de sus diáconos y el primero de sus mártires, es una garantia de que acogerá nuestras invitaciones é impetrará del Señor, por los abundantes méritos que contrajo en su glorioso martirio, la gracia que necesitamos para aproximarnos á la imitacion de sus virtudes, mereciendo bien á los ojos de nuestro Redentor. La comunidad de méritos que establece la Iglesia, entre los que pertenecen á la parte militante que habita en la tierra, y la parte triunfante que goza de la presencia de Dios en el Cielo, nos debe de animar á seguir el buen camino; para que, cumplidos por nosotros los preceptos de la religion, los méritos de los santos mártires, como S. Estéban, nos sirvan de apoyo para continuar en la gracia, y con ella obtener los beneficios que nos dispensa en esta vida, y esperar el premio prometido á los justos en la otra. *Amén.*

PANEGÍRICO

DE SAN EUGENIO, ARZOBISPO Y MÁRTIR.

In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui.

Yoos he engrandecido en Jesucristo por medio del Evangelio.

(I. Cor. IV. 15.)

Las naciones entonan himnos de alabanza á aquellos que se distinguieron un dia en las artes ó en las ciencias, ya en la pericia militar, ya en los difíciles secretos de la política; la Religion celebra las glorias de aquellos aguerriados campeones, que, ora con las armas de la palabra evangélica conquistaron para Dios algun pueblo victima del error, ora con sus virtudes y grandiosos servicios la ilustraron y engrandecieron. Entre estos brilla el héroe que hoy vengo á elogiar á nombre de la Religion y de la Fé. Toledo, ciudad antiquísima, silla un dia imperial y corte de nuestros más augustos monarcas; yacia envuelta en las sombras tenebラス del paganismo, cuando el siglo II de la era cristiana comenzaba á recorrer su primer período. El Señor no habia olvidado esta importantísima porcion de su heredad; en sus amorosos designios teniale designado un apóstol, á quien cometiéra la sublime al par que difícil mision de anunciarle la buena nueva. Tal suerte cupo al insigne y nunca bien elogiado Eugenio, cuyas glorias recordamos hoy entusiasmaos de un justo júbilo. Instruido en la fé por los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, ordenado despues de obispo por el papa S. Clemente, acompaña á S. Dionisio hasta Paris: de allí parte, con la celeridad del relámpago, atraviesa las montañas, y llega por fin á Toledo. ¡Oh dia de ventura para este pueblo hasta entónces desgraciado! Tu nombre quedará impreso con caracteres eternos en los pechos de unos habitantes, á quienes trajiste aquella aurora, que desde entónces jamás se ha visto oscurecida.

Si, oyentes: Eugenio, lleno de celo por la gloria de Dios vino á

España, y con su palabra santificó la ciudad y provincia de Toledo, henchida entonces de supersticiones; la iluminó con la doctrina del Evangelio; la levantó de la postracion en que la tenia sumida el politeísmo; erigió en ella altares al Dios verdadero sobre los escorbros de los ídolos; y á costa de fatigas, de virtudes, de milagros, de ejemplos, la ganó para Jesucristo. Él fué su primer sacerdote, su primer obispo, y puede decir á este pueblo grande é illustre: Tu mayor gloria consiste en ser cristiano, en haberte sometido al yugo suave de la verdadera religion, que te ha colocado en la altura en que hoy estás; pero esta gloria me la debes á mi. Gloríense otros de haber levantado sus muros, de haberte embellecido con palacios, de haber hecho prosperar en tu seno las ciencias y las artes, y de haberte transmitido con la sangre un géaio emprendedor, una nobleza proverbial, y grandes cualidades naturales; no olvides, empero, que yo he hecho en tu obsequio más que todos ellos, porque te arranqué de la misera esclavitud, te descubrí el misterio de la Redencion, te tracé el camino de la verdadera vida; en una palabra, te engendré en Jesucristo por medio del Evangelio. ¿Qué más necesitamos para celebrar con el mayor regocijo, y tributar los obsequios de la más piadosa veneracion á la memoria de este héroe de la religion cristiana? Engriase España de este campeón de la fé, más de lo que se engrie por haber sido cuna de sábios ó de conquistadores intrépidos. Porque, ¿qué comparacion cabe entre dilatar los limites de una nacion, sacrificando á sus semejantes, y ensanchar el reino de Jesucristo sacrificándose á sí mismo? Aquí la inmolation propia, desinteresada, tiene que realzar lo que allí rebaja ó desvirtua la ambicion personal, que no puede satisfacerse sin victimas. Eugenio, fundando la insigne Iglesia toledana, adquirió una gloria eterua, y se hizo, en todos conceptos, digno de la veneracion de los españoles. Esto es lo que vamos á ver, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

Pocos son, por desgracia, los que saben dar toda la importancia que se debe al celo de aquellos héroes, que en los primeros tiempos del cristianismo acometieron la empresa de regenerar unos pueblos, que de largo tiempo venian siendo victimas del error y de las supersticiones paganas. Avezados por lo comun los hombres, á no mirar las cosas sino en su superficie, no meditan toda la extension del sacrificio que demandaba una mision tan árdua. Contemplan á sus semejantes cuales son ahora, y no cuales les hacia entónces la barbarie de sus costumbres, junto con unas creencias, que, fascinando sus

inteligencias, lisonjeban altamente sus pasiones; y por eso miran con indiferencia las grandes acciones de unos héroes, que son acreedores á la más justa admiracion, porque con la mayor generosidad y una perseverancia superior á todos los contratiempos, lograron cambiar la faz del mundo, aboliendo sus envejecidas preocupaciones, y substituyendo nuevas verdades á errores, que los siglos parecian haber sancionado para siempre.

¿Queréis, oyentes, apreciar en su justo valor el heroismo de Eugenio y dar la debida importancia á su apostólico celo? Así como para poder formar una idea exacta de un objeto, menester es que le contemplemos á una distancia proporcionada, no de otro modo, para juzgar rectamente del mérito de un héroe, hácese preciso colocarse en un punto, desde donde pueda descubrirse lo grandioso de sus sacrificios. Remontemos, pues, nuestras ideas diez y siete siglos, para colocarnos en el verdadero punto de vista, desde donde nos sea dado contemplar con claridad sus acciones. Figúraos una ciudad populosa que se envanece con su origen fabuloso, y que cuenta entre sus reyes á los Hércules y Nabucos. En ella se levantan algunos templos consagrados á falsas divinidades, á las cuales rinden un culto entusiasta sus habitantes. Los juegos del circo, los espectáculos del anfiteatro, la pompa de los sacrificios, cuanto es capaz de halagar la imaginacion y cautivar el espíritu de los idólatras, hállase allí reunido. Todo contribuye poderosamente á arraigar la supersticion, y á dar una fuerza irresistible á los mil errores del paganismo, y á impedir la entrada á la religion del Nazareno. Tal era la ciudad de Toledo cuando Eugenio, separándose de S. Dionisio, vino á anunciar entre nosotros el Evangelio. ¿Qué mision tan difícil emprende este nuevo conquistador! ¿Qué heroismo tan sobrehumano revela el ardor con que se encamina hácia un pueblo bárbaro, y que descuella entre todos por su tenacidad en defender su culto! ¿A dó encaminas tus pasos, ángel de paz? ¿Cuáles son tus miras? ¿Has medido la enorme grandezza, la dificultad inmensa de tus propósitos? ¿Con qué recursos cuentas para llevar á cabo tu mision? Recuerda que los hombres á quienes vés á evangelizar son los más tenaces en defender sus envejecidas preocupaciones. ¿Y juzgas empresa fácil, reducir á esos hombres á adoptar una nueva ley, á someterse á un culto, que pugna de frente con el que siglos y siglos vienen practicando; á tolerar una moral, contra la cual claman mil preocupaciones hondamente arraigadas en sus almas; á cambiar las brillantes ficciones de su mitologia por los graves misterios del Calvario; á despodazar sus dioses de oro y plata ante la cruz del Redentor; á substituir, en una palabra,

una religion que crucifica al hombre y refrena todas las pasiones, á otra que lisonjea prodigiosamente sus sentidos, y sanciona sus más infames placeres? Tal es la mision sublime de nuestro Santo: tan colossal y difícil es la empresa que acomete. ¿Y con qué elementos cuenta para llevarla á cabo? ¿Posee, acaso, una elocuencia encantadora capaz de cautivar los corazones más obstinados? No; Eugenio no conoce otra retórica que la del Evangelio. ¿Está adornado de un vasto saber y de una ciencia profunda para atraerse á todos? Tampoco: nuestro héroe no conoce otra ciencia que la de Jesucristo crucificado. ¿Confía, tal vez, en el apoyo de algun poder temible que secunde sus proyectos? Ménos aún: Eugenio está convencido, que todo el Olimpo vomitará anatemas contra él por el órgano de sus sacerdotes, de sus augures, y de sus bárbaros sacrificadores, y que tendrá por enemigos á todos los poderes de la tierra. Si á lo ménos pudiese alucinar á la muchedumbre ciega con promesas lisonjeras; pero á los que abrazan su doctrina no puede prometerles sino privaciones y sacrificios, que repugnan altamente á la naturaleza.

Sin embargo, no por eso teme, ni se acobarda á vista de los peligros que se oponen á la realizacion de sus designios. Ve ante sí un valladar de errores, que obstruye el paso á la verdad; ve en pós de sí preocupaciones, que ensordecen los oidos de los idólatras para que no escuchen el lenguaje de la fé; ve á su alrededor las pasiones todas de un pueblo, que se levanta contra él; mas no por eso se detiene: declara guerra al error; predica, ora en público, ora en secreto; desenvuelve los luminosos dogmas de la unidad de Dios, de la redencion de los hombres; de la vida eternamente feliz destinada á los que, reengendrados por el bautismo, abrazan la virtud; y lo hace con tal fervor y con una uncion tan admirable, que la nueva religion comienza bien pronto á cautivar los corazones: sus dogmas excitan el asombro; al asombro sucede el convencimiento; al convencimiento la simpatía; de la simpatía se engendra el amor, que hace correr á muchos á prosternarse ante la cruz, y á rendir homenaje al que en ella quiso reinar sobre el universo. A medida que ván debilitándose las prevenciones, Eugenio redobla su celo; ora, como Josafat, derriba los altares consagrados á las falsas deidades; ora, como Finees, truena contra sus sacrilegos adoradores. Aquí es un Salomón prudente y sábio en sus juicios, que esclarece la verdad y la hace amable aún á los más obstinados. Allí es un Isaías, cuyas palabras parecense á una espada de dos filos; que taladra las médulas del alma é infunde en ella el horror del vicio. Donde quiera muéstrase una antorcha, ante cuyos resplandores huyen las sombras de

la idolatría, y aparece el astro refulgente de la religion salvadora del Calvario. Al eco de su voz, crujen los cimientos de la idolatría: el orgullo, la ambicion, las pasiones más vivas é indomables del corazón humano ceden á una fuerza desconocida; los más incrédulos abrazan la fé; los más soberbios se humillan; los más viciosos adoptan las virtudes austeras del Evangelio; los émulos más encarnizados de la Cruz adoran al Crucificado. ¡Triunfo admirable, insigne victoria, que excede en méritos á cuantas han conseguido aquellos géneos emprendedores, cuyas conquistas, frutos del valor y delas armas, llenan las páginas de la historia profana! Cuenten aquellos, en buen hora, las naciones que sojuzgaron, los pueblos que dominaron, y los ejércitos que vencieron. ¡Ah! al lado de los trofeos de su gloria se levantan, igualmente, monumentos de oprobio; las sombras de las victimas inocentes que sacrificaron á la venganza, la sangre de los vencidos con que enrojecieron sus laureles, y ruinas y escombros mil que dejaron en pós de sí en su veloz carrera. No así nuestro glorioso vencedor: las palmas que consiguió en el combate son puras, sus triunfos inocentes, frutos preciosos de la fé y del amor. Si hizo la guerra al paganismo, si atacó al error en todas direcciones, si jamás contemporizó con la supersticion, tambien es cierto, que no empleó otras armas que la palabra divina y sus admirables ejemplos. Sus palabras se asemejaban á unas teas ardientes, que consumían y devoraban los ídolos, derribándolos de los altares, hechos menudos pedazos. Sus ejemplos hacían la más honda impresion en los corazones de los idólatras. Toda la perfeccion cristiana estaba retratada en sus edificantes costumbres: su humildad era la más profunda; su mansedumbre heroica; su desprendimiento universal; su caridad la más ardiente; su celo por la grey que le estaba encomendada no conocia límites. Con estas armas conquistó muchísimas almas para Jesucristo, y arrebató al Infierno ricos despojos; pero no arrancó lágrimas de los ojos del inocente, ni sacrificó victimas, ni dejó tras sus huellas tristes ruinas. ¡Loór y préz al ilustre vencedor del paganismo! ¡Gloria inmortal al primer arzobispo de Toledo! Canten los toledanos las alabanzas del héroe que echó los primeros cimientos de su Iglesia, hoy dia tan floreciente y bella, y que dejó en pós de sí una série de prelados ilustres que la han honrado con sus virtudes, y que con tanto celo han llevado á cabo la grande obra de la civilizacion cristiana. Celebren cuantos sientan circular por sus venas la sangre española, y arden en su pecho el sagrado fuego del patriotismo; celebren las glorias de este varon apostólico, que servicios de tan gran valía prestó á nuestra nacion y al mundo todo, engendran-

do para Jesucristo un pueblo de adquisición, una estirpe santa, que tan poderosamente ha contribuido á embellecer á la Esposa del Cordero sin tacha. Su celo permanecerá siempre vivo en las páginas de la historia y en el corazón de todos los hombres de sana inteligencia y de corazón recto.

Mas no se reduce á esto solo el mérito de Eugenio: fáltanos aún considerar su firmeza en llevar á cabo su mision evangelizadora, la cual debe proporcionarle la auréola de mártir. Cuando un rayo lanzado por la tempestad en medio de un espeso bosque, llega á incendiar las ramas secas de una vieja encina, no hay medio de contener los efectos del fuego: impulsado éste por el viento, propágase de un modo horroroso, y en un instante las llamas lo reducen todo á pavesas. Del mismo modo, cuando el fuego divino del celo por la gloria de Dios se apodera de un alma, á la cual el amor celestial sirve de alimento, imposible es poner límites á sus grandes deseos de comunicar á todo el mundo sus propios sentimientos. Dios habia arrojado al corazón de Eugenio un rayo abrasador que le consumía; por eso, nada deseaba tanto como propagar su augusto nombre. Ya habia provisto lo necesario al sostenimiento de la Iglesia que formára, dejándola suficiente número de presbiteros que la alimentasen con el pan de la doctrina y de los santos sacramentos, cuando parte de España para ir á continuar su mision de evangelizar á otros pueblos, y al propio tiempo visitar á su maestro S. Dionisio. Dirigese hácia las riberas del Sena y llega á Diolo, cerca de la capital de Francia. Allí le esperan peligros sin cuento, y amargura, y tribulacion, y desprecio, y persecucion, y tormento, y muerte cruel; nada empero le acobarda, por nada teme; está dispuesto á sacrificarse victima de su santo celo. Él deseaba ver á su maestro Dionisio, y sabiendo que habia ya alcanzado la palma del martirio, suspira más que nunca por el momento, en que podrá trocar esta mansion de llanto por la eterna mansion de la felicidad. Por lo tanto, apenas ha pagado á su digno maestro el justo tributo de su afecto filial, continúa la obra que éste comenzára, durante su permanencia en aquel pais. Ora se le ve animando á los cristianos, amenazados de una próxima tormenta, que les pone en el mayor conflicto; ora disputa con los principales idólatras, y los confunde, los vence y los convierte. Aquí... Mas ¡qué! ¿es posible reducir á guarismo los triunfos que consiguió Eugenio, ni los laureles con que ornó las sienas de la Esposa del Cordero? Decretado, empero, está en los eternos Consejos, que Eugenio sea una victima inocente. Ya el prefecto de las Galias ha convertido contra él todo su furor; ya rodeado de satélites se encamina al tribunal

del tirano para responder de su fé. Nunca se habia advertido tanto gozo en su semblante, ni tanto valor en su corazón. ¡Cuánto no trabaja Sisinio para obligarle á renunciar á Jesucristo y á su divina religion! ¡Qué de recursos no agota para ablandar aquel pecho de bronce! Ora intenta insinuarse en él con lisonjeras promesas; ora pretende aterrorizarle con feroces amenazas. ¡Vanos esfuerzos! Eugenio, que con tanta constancia ha luchado con el paganismo, ¿iria ahora á prosternarse ante las obras de la mano del hombre? Eugenio, que ha dado á Jesucristo un pueblo de adquisición, ¿podrá desmentir su carácter con una vergonzosa apostasia? ¡Imposible! No le conocen los que juzgan poder triunfar de su constancia. En efecto; el santo confesor prueba en presencia de un juez ávido de sangre, que no debe reconocerse más Dios que el que extrajo el mundo del informe caos, y conserva á toda la naturaleza, y dá el movimiento y la vida á todos los seres. Y hay tanta elocuencia en sus palabras, tanta majestad en sus acciones, tanta valentia en su corazón, y una persuasion tan irresistible en el modo de expresar sus ideas, que todos sus enemigos se convencen, de que la muerte es el único recurso para libertarse de un adversario tan formidable. ¡Oh religion cristiana! ¡cuán grande es el hombre cuando pelea bajo tu égida! ¡Dichoso el que escucha tu voz! ¡Feliz mil veces el que está lleno de tu espíritu! Tú le conduces á las grandes acciones, tú le impulsas á las empresas heroicas, tú le haces invencible en la lucha, tú le das la victoria y le proporcionas los laureles más preciosos. ¿Quién sinó tú inspiraste á Eugenio una energia tan singular? ¿Quién sinó tú fortaleciste su pecho para burlarse de las promesas, despreciar las amenazas, é insultar los tormentos, cuando desconcertado el paganismo en sus ensayos de seducion, apeló al rigor, á fin de obtener un resultado más favorable? ¡Ah! impotentes de todo punto son los esfuerzos del hombre contra Dios. Por más que el error luche con la verdad, ésta queda siempre victoriosa. Sus armas, que nada participan de la carne, sinó que están templadas en el fuego del espíritu divino, no necesitan de extraño auxilio para triunfar de los designios mejor combinados. Toda la energia de los verdugos se embota contra un corazón á quien la fé sirve de escudo.

Eugenio sufre los tormentos con una tranquilidad admirable. En su semblante se descubre una alegría divina; entre las angustias de la muerte levanta al Cielo sus manos puras para pedir por su amada grey; hasta que, nadando en un mar de sangre, lanza su último aliento, y vuela á cenir la doble auréola de apóstol y de mártir de Jesucristo. ¡Loór perpetuo á la religion de Jesucristo! ¡Confusion

eterna á la superstición pagana! ¿Qué puede esperar ésta después de semejante derrota? Eugenio ha desmentido heroicamente los falsos principios del error; ha dejado burlados los proyectos de la tiranía; ha confundido en fin la orgullosa temeridad de la ciencia pagana, obligándola á sucumbir ante los testimonios más auténticos de la divinidad del cristianismo. ¿Puede darse triunfo más completo? El furor pagano cébase en el sagrado cadáver; pero las aguas del lago Marcasio, en donde es arrojado, le sirven de urna, que conservan tan precioso depósito hasta que la Providencia dispone sea descubierto, para que reciba los honores y el culto que el cristianismo decreta á sus héroes. San Dionisio aparécese á Hercoldo, le cura de una dolencia que padece, y le ordena que saque del lago el cuerpo de Eugenio. Hercoldo obedece, y los sagrados restos del insigne arzobispo son colocados en una iglesia de Diolo, de donde más tarde son trasladados á París; y por último, llevados á España, se los ve entrar por las puertas de la imperial Toledo, conducidos en triunfo sobre los hombros de los más poderosos monarcas, y en medio de las aclamaciones de unos habitantes, que se honran con la posesión de las reliquias de su primer arzobispo y padre en Jesucristo, más sin comparación que con la de todos los tesoros de la tierra.

¡Oh! con razón puedes gloriarte una y mil veces, ciudad insigne, de poseer ese precioso tesoro. Haz subir hasta las nubes el humo puro del incienso, y el armonioso acento de los himnos en alabanza de aquel que te dió una nueva vida por medio del Evangelio, trayendo al recinto de tus muros la esplendorosa antorcha de la fé, cuando aún estabas envuelta en una negra noche de errores y extravagancias sin cuento. Jamás se entibió tu gratitud para con ese venerable pastor, que de lejanas tierras vino á evangelizarte la paz. No olvidéis nunca, toledanos, que por Eugenio sois lo que sois, y que á él debéis el mayor beneficio que habeis recibido. Si hoy día os envaneceis con el nombre de católicos, si veis florecer en vuestro suelo esa religion, foco del verdadero progreso, fuente de positiva ilustración y manantial fecundo de ventura estable y duradera, fruto es todo del celo incansable de Eugenio. Enseñad á las generaciones futuras á apreciar dignamente esta gloria que os cabe, y á honrar cual se merece la memoria de vuestro apóstol. En sus reliquias os ha dejado un paladín que os defiende en todos tiempos. Pero no esperéis merecer su protección sinó en cambio de vuestra fidelidad en continuar la obra que él comenzó. Solo siguiendo sus huellas podreis haceros dignos de experimentar los favores del Cielo, que hará llover á torrentes sobre vosotros. Solo imitando su fé y su he-

róica constancia os será dado lograr el glorioso destino á que estais llamados. Y nosotros todos los españoles, que nos honramos con el sobrenombre de católicos, no debemos pasar desapercibidos los ejemplos de los que fundaron nuestras primeras iglesias. No abandonemos las sendas que ellos nos marcaron, y de esta suerte conseguiremos sus laureles. Deseo al suelo que nos vió nacer el espectáculo de un pueblo, que sabe apreciar sus creencias sobre cuanto hay de más caro en el mundo. Ocasiones mil se nos presentarán para manifestar nuestras convicciones. Donde quiera, encontraremos enemigos visibles ó invisibles con quienes habremos de luchar. Si salimos victoriosos, daremos gloria á nuestra patria, engrandeceremos nuestra religion, y Eugenio, desde la alta cumbre del Cielo, tendrá fijos sobre nosotros sus ojos, y con su poderoso influjo nos alentará á caminar siempre en pós de sus huellas, y nos colmará de bendiciones.

Santo glorioso, miradnos propicio y dispensadnos vuestra protección. Nada nos es más dulce, suave y consolatorio en este lugar de peligros, que el cantar vuestras alabanzas, y dirigiros nuestras súplicas. El nombre del que ilustró á nuestra patria con la luz de la fé, resonará siempre con gusto y se entonará con placer en nuestros templos. Su memoria y su nombre será dulce, como dulce es el nombre de la libertad en los lábios de los cautivos. ¡Ea pues, apóstol ilustre! dispensadnos vuestra ayuda para que sepamos imitar vuestros ejemplos, y merezcamos un día ser con vos recompensados en la feliz eternidad de la Gloria.

PANEGÍRICO
DE SANTA EULALIA DE MÉRIDA.

Laudabit anima mea Dominum... quoniam crucis sustinuit te, Domine, et liberat eos de manibus gentium.

Mi alma alabará al Señor hasta la muerte; porque salvas, Señor, á los que en ti esperan, y los libras de las naciones.

(Ecc. LI, 8 et 12.)

¡Qué dulce satisfacción sería para mí si lograra corresponder en este día á los piadosos deseos de este cristiano concurso! ¡cuántas y cuán admirables virtudes debiera promover con una sola oración! la religión, la caridad, la gratitud, la fortaleza, el amor á la virginidad, el verdadero patriotismo... La providencia adorable del Señor, para promover vuestra felicidad, os ha dado por patrona la heroína de la religión á la cual tributais hoy estos cultos con toda la solemnidad posible. Todos vosotros deseais con ansia oír repetir el heroísmo de la virtud á que se vió elevada desde el primer crepúsculo de su razón; todos la venerais como un prodigio de santidad, os complacéis en escuchar sus elogios y en publicar sus glorias; la venerais como cristianos, como españoles, como sus especiales protegidos; todo, todo lo esperais de su protección.

¡Qué relaciones tan apreciables! La unidad de la Iglesia católica hace un solo cuerpo de todos los cristianos que existieron, existen y existirán por toda la eternidad. Los bienaventurados, los que se purifican en el Purgatorio, los que gemimos en este valle de miserias, cuantos fieles haya en el mundo hasta su disolucion, todos formamos un solo cuerpo; procedemos de un mismo origen: usamos un mismo alimento; nos dirigimos á un mismo fin; y no podemos ménos de tomar un verdadero interés por el bien de los otros miembros á que estamos unidos. Pero esto no impide que medien entre algunos relaciones particulares, que estrechen más aquella union, y hagan mayor aún la participacion reciproca de sus bienes. Tales son los que os

unen á vosotros con la esclarecida virgen y gloriosa mártir Sta. Eulalia de Mérida.

Recibió ésta su vida y la sacrificó despues en el territorio español; y los españoles todos se glorian de tenerla por compatriota. Vosotros la mirais como patrona, y deseais noticias exactas, individuales, completas de su prodigiosa vida. Mas, ¿qué extraordinarios acontecimientos podeis esperar de una niña de solos doce años de edad? Sin embargo, en un tiempo en que dificilmente damos nosotros los más leves indicios de racionales, y en que nuestros líbros balbucientes aciertan apenas á pronunciar las verdades de la religion, que ni entendemos, ni sabemos si tienen influencia alguna en el arreglo de nuestra conducta; en esa edad, os presentaré á Eulalia como un prodigio estu-
pendo de la gracia.

¡Señor! dignaos dispensarme las luces y la energía que para ello necesito, y que os pedimos por la intercesion de vuestra Madre santísima: A. M.

Si la fé, la razon y la experiencia nos demuestran, que en el estado de degradacion en que nos hallamos, no somos capaces de un solo pensamiento que sea conducente á nuestro bien sin el auxilio de la gracia sobrenatural; del mismo modo nos evidencian, que todos los esfuerzos del mundo y del Inferno son insuficientes para derribar de su feliz estado á una alma fortalecida con ese dón del Cielo. De ese dón se halló asistida de un modo especial y extraordinario nuestra memorable niña, Eulalia. Pero, ¿qué intento es el mio? ¿en qué tenebroso é intrincado laberinto voy á introducirme? Despues de mil quinientos treinta y cuatro años, ¿qué noticias podrán conservarse de sus admirables virtudes, ejercidas en un tiempo, en que solo al abrigo de las tinieblas y de los subterráneos podia el cristiano entregarse al ejercicio de su religion; en que el hablar del cristianismo, como no fuera para escarneecerle, era un delito imperdonable; y en que los adoradores del Crucificado cifaban toda su felicidad en hacer obras dignas de la divina aceptacion, sin pensar siquiera en trasmitir á la posteridad las admirables virtudes de sus hermanos, por la suma dificultad, ó imposibilidad de hacerlo? ¿En dónde hallaré un director seguro, que me proporcione la salida de este lugar? ¡Ah! nada puede frustrar los designios de la Providencia: entre tantos ingenios perjudiciales que consagraban sus desvelos á la entera corrupcion de las costumbres, y al fomento de las pasiones más infames y vergonzosas con los deliciosos encantos de la poesia, la Providencia nos depara un poeta cristiano que los consagra á enaltecer las glorias de su religion.

Apénas empieza á rayar la aurora, que anuncia un venturoso día de paz y de libertad á la Iglesia de Jesucristo, un español célebre, el poeta Prudencio, se dedica á indagar, reunir y publicar los hechos memorables, con que ilustraron á la nacion española sus mejores hijos en la horrenda persecucion de Diocleciano y Maximiano. Prudencio, nacido en el mismo siglo y en el mismo reino en que padeció nuestra heroína, publica su historia al mismo tiempo, en la misma nacion en que se realizaron los sucesos que refiere; la publica en presencia de los testigos oculares y auriculares, y nadie le contradice. Nada más pudiera exigir una severa crítica para dar por indudable su relato; así es, que la Iglesia ha tomado de su célebre himno en honor de Sta. Eulalia, no solo las noticias, sino las palabras mismas, para componer el oficio eclesiástico en celebridad de esta ilustre española.

Segun el testimonio de ese escritor, Eulalia vino al mundo en la ciudad de Mérida, hácia el año de 291; debió la vida, por la bondad infinita del Señor, á unos padres ricos y nobles, pero más esclarecidos por su religion y piedad. Éstos, léjos de inspirarla en la niñez las máximas del mundo, la enseñaron á mirarla con desprecio; y en lugar de encomendarla á aquellos maestros, que se proponen más bien corromper que formar las costumbres, la proporcionan en Donato, sacerdote muy recomendable, un prudente preceptor, que la inspiró unas ideas sólidas; unas ideas, no superficiales y demasiado escasas, como por lo comun se suelen enseñar á los niños en nuestros días, sino las que constituyen el fondo y la esencia de la verdadera religion. La hace comprender en el modo posible, que hay un solo Dios verdadero, criador omnipotente del universo, absoluto dueño y Señor de todas las obras de sus manos, sin exceptuar al hombre; y á quien en reconocimiento le debe éste hasta su propia vida. Repite sin cesar en su presencia, que habiendo caído por su culpa todo el género humano en la más cruel, insuportable y desventurada esclavitud, de la que le era imposible librarse por sí solo, el mismo Dios, que le había sacado de la nada, y contra quien tan impiamente se había rebelado, éste mismo se ofrece á rescatarle, y no siendo suficiente para obtener su libertad el valor de todos los tesoros de la naturaleza, con el mayor asombro, por un prodigio inconcebible del amor y de la misericordia, se hace hombre; y muriendo cruel y afrentosamente en un infame patíbulo, le libra de una muerte infinitamente miserable con el sacrificio de una vida infinitamente preciosa; le rescata con el precio de su sangre, adquiriendo un nuevo é inviolable derecho á que el hombre derrame también la suya, sacrifique su propia existencia por defender la honra y promover la gloria de su divino Reparador. A estas sábias

reflexiones añade la poderosa de que Dios, en recompensa de tan doloroso sacrificio, nada exige de él sino su amor y reconocimiento; cuando el hombre, sacrificándose por su Dios, espera, adquiere un derecho, se asegura la bienaventuranza completa de toda la eternidad.

Esas sublimes ideas son el objeto de todas las consideraciones de Eulalia; ocupan enteramente su razon, sin dar lugar á ninguna de las diversiones pueriles que hacen las delicias de su tierno corazón; son la materia de todas sus conversaciones. Al oír la historia de tantos mártires, como en aquellos tiempos ofrecían con generosidad el sacrificio de sus vidas por la causa del Señor, su corazón se inflama, se abrasa, la hace envidiar la suerte de aquellos venturosos cristianos, manifestar una ánsia santa por imitar su fé y participar de sus tormentos. ¡Oh! si no se la presenta ocasion favorable de padecer y morir por Jesucristo, ella misma buscará la muerte, porque nada, nada en este mundo es capaz de entibiar el fuego de su caridad, el ardor de su celo, y el decidido empeño de poner en ejecucion su deseo; de manera, que apénas empieza la España á salir la horrorosa persecucion de Diocleciano, los prudentes padres de esta niña, reclinando que la ferocidad de los tiranos y la crueldad de los tormentos, muy superiores á la debilidad de sus fuerzas, la pusieran en peligro de rendirse, y movidos de la piedad y cariño natural, se ven precisados á retirarla del peligro. Al efecto, la conducen á una casa de campo distante de la ciudad; y sin perderla de vista, espian con el mayor cuidado sus acciones, para impedir los males á que pudiera precipitarla el ímpetu de un celo, que tienen por indiscreto y falta de reflexion.

Pero ¿de qué sirven los consejos de la sabiduría humana contra los designios de la divina Providencia? Apénas fija en Mérida su residencia el vice-presidente Calturniano, hace promulgar el edicto que convoca á todos los ciudadanos sin distincion, á ofrecer adoraciones á los ídolos. Eulalia se horroriza, se siente arrebatada de un celo irresistible por la gloria del Dios verdadero, á quien tan atrozmente injuria el edicto; y desatendiendo las reflexiones y aún las súplicas de sus padres, frustra su vigilancia, aprovecha el tiempo en que éstos estaban entregados al reposo, se franquea con el mayor sigilo las puertas de la quinta, y al abrigo de las tinieblas de la noche, sin otros preparativos, sin más auxilio que su heroica intrepidez y su ilimitada confianza en las promesas del Señor, se dirige á la ciudad.

¿A dónde te conduce tu fogosidad, jóven incauta? Vuelve la vista por un momento á las comodidades, á la opulencia, al regalo que dejas en la casa de tus padres... pero Eulalia desprecia todo esto; no ve más que á su Dios maltratado, escarnecido, crucificado é inhumana-

mente muerto. Escucha los gemidos, atiende á las tiernas lágrimas de tus cariñosos padres; recuerda cuanto les debes, y la horrible consternación en que vá á sumergirlos tu precipitada fuga... pero Eulalia á nada atiende sino á su divino Maestro, que la dice allí en su interior: «Si no renuncias á los amigos, á los parientes, á los hermanos, á los mismos padres, no mereces ser amada de tu Dios.» Considera la ventajosa colocación que te preparan, y en que cifran sus más liasonjeras esperanzas los autores de tus días... pero Eulalia no puede amar sino al Esposo celestial, que la espera impaciente para unirse á ella con el vínculo más delicioso é indisoluble. ¿No darás al ménos algunas treguas para reflexionar sobre tu resolución, para adquirir alguna robustez...? Pero Eulalia ve pintada en su imaginación con los colores mas expresivos la desventurada suerte de las vírgenes nécias, y como si temiéra que la menor detención la cerraría las puertas de los palacios celestiales, no quiere perder un momento: está decidida: se acelera, camina presurosa por unas sendas inusitadas, desconocidas, ásperas, escabrosas; sus piés delicados se resienten, se lastiman, se hieren por todas partes; sus huellas quedan marcadas con sangre inocente; pero su espíritu se inflama, se fortalece, se hace superior á todas las dificultades; y á pesar de todas ellas, arrojando peligros, atravesando desiertos habitados solo de fieras, atropellando escabrosidades, que arrodrian al varon más robusto y atrevido, en el espacio de una noche hace un viaje de diez leguas. ¿Quién no descubre en esto solo un prodigio nada comun de la gracia del Señor? ¿Podiera sin este auxilio superar con tanta prontitud, con tal firmeza y alegría los obstáculos que la oponian el sexo, la edad, el hábito á gozar de todas las comodidades, la sangre, la naturaleza? No se me ocultá, que algun otro jóven atolondrado, impellido del deseo de entregarse á los excesos de una ruinosa libertad, ó de una desenfrenada licencia, al ímpetu de una pasión violenta, es capaz de una resolución que, en algun modo, se asemeja, que nunca iguala á ésta en todas las circunstancias; mas lo que demuestra hasta la evidencia, el influjo de una gracia infinitamente superior á toda la naturaleza, es el objeto que exige de ella tantos y tan dolorosos sacrificios. Porque ¿cuál es éste? ¡Ah! Eulalia no busca en este mundo sino una persecución espantosa, unos tormentos horribles, una muerte gloriosa, pero inhumana.

Entra en Mérida; y sin tomar el menor descanso, sin detenerse á reparar con un escaso alimento las fuerzas en extremo debilitadas de su cuerpo, se dirige con intrepidez al palacio del tirano, se presenta en su ínciuo tribunal; y sin esperar á que nadie la pregunte: «¿Qué imprudencia, le dice á Calurniano, qué insensatez es la tuya, en pre-

tender que los hombres formados á imágen del verdadero Dios, doblen la rodilla en presencia de un puñado de tierra, de un metal despreciable, de un tronco diseado, sin más figura que la que le ha dado el mismo que ha de adorarle? ¿Una vil estátua sin movimiento, sin sentido, sin razon, sin vida, ha podido formar el hombre dotado de todas esas prerogativas? No ha sabido ni podido darse á sí misma la figura que tiene; y habrá sido capaz de dar al hombre la vida y los talentos necesarios para formarla? Incapáz de una vida momentánea, ¿ha podido merecer al hombre la eternamente bienaventurada? No solo ese vano simulacro, el ímpio que lo ha formado, el insensato que lo ofrece á la vista de los hombres para que le tributen sus cultos, el emperador mismo, que, plenamente confiado en su poder, ha dictado una ley tan ajena de la razon; todo, todo, sin excepcion alguna, es ménos que un átomo invisible; ménos que un vapor que se disuelve al tiempo mismo de formarse; es nada, infinitamente ménos que nada, si se compara con el Dios verdadero. ¿Y tendrás la insensatez de pretender degradar á todo el linaje humano, obligándole á que se arrodille en presencia de un sér tan despreciable?

Sorprendido el mónstruo, y disimulando su confusion y su rabia, finge atribuir aquella osadía á la irreflexion propia de la niñez; y halagando y haciendo las más lisonjeras promesas á Eulalia, ordena que la pongan en las manos el incienso, la sal y las tortas, ofrenda que debía presentar á los ídolos; más ella, llena de una santa indignación, lo arroja al punto al suelo, lo pisa con el mayor desprecio, y se dirige con resolucion al ídolo para tratarle del mismo modo. Calurniano, no pudiendo disimular su furor á vista de tal desacato: «yo te haré conocer, le dice, lo que pueden los dioses y los hombres á quiénes así desprecias.» Al punto se presentan los verdugos, se preparan los instrumentos, se disponen los cadalsos. ¡Miserable! tú, que has militado bajo las banderas del imperio; tú, que has cooperado con el esfuerzo de tu brazo á la conquista de tantas naciones; te degradarás hasta el punto de empuñar tus armas y servirte de tus aguerridas huestes, para entrar en lid con una niña inermé, desfallecida al rigor del hambre, oprimida del cansancio, destituida de todo auxilio; con una niña, que se entrega voluntariamente en tus manos, y que, lejos de oponer la menor resistencia, cifra toda su gloria en padecer los tormentos y la muerte? ¿Esperas que Roma te conceda los honores del triunfo luego que pongas en su noticia, que has conseguido semejante victoria? ¡Miserable! vuelvo á decir; tal vez te engañas, suponiendo que vencerás en ese combate; tus fuerzas comparadas con las de Eulalia son demasiado débiles. Tú podrás atormen-

tarla, herir, despedazar, quemar su cuerpo, y acabar con su vida mortal; y esto es, precisamente, lo que ella desea; pero la fé, la religion, la virtud, que es lo que tú persigues, y ella defiende, triunfarán completamente de ti, de todo el imperio romano, de todo el furor del Infierno; y los esfuerzos de todos reunidos solo servirán para acrisolar, robustecer, hacer aquéllas más heroicas y gloriosas.

Así es, en efecto: los satélites de la impiedad desnudan enteramente á Eulalia; descargan sobre su delicado cuerpo innumerables y fieros azotes con látigos armados de bolas de plomo; la tienden sobre el potro; desgarran inhumanamente sus carnes con agudos garfios, abriendo profundos surcos en sus huesos apenas formados; pero ella, léjos de alterarse, manifiesta en su semblante el júbilo más puro y la más deliciosa satisfacción. Me es indispensable abreviar una descripción tan horrorosa, pues la naturaleza se resiente, la lengua rehusa pronunciar las palabras, y la imaginación no puede soportar imágenes de esta especie. Si un tigre, que hubiera devorado los hombres á millares, se ofreciese á mi vista en tan deplorable situación, no tendría espíritu para soportar su presencia. Sin embargo, para cumplir con el deber de panegirista, continuaré del modo posible. En este estado, desollado su cuerpo, descubiertos por muchas partes los huesos y aún las entrañas... en un estado en que por necesidad movería á compasión á las fieras más crueles, los verdugos, incomparablemente más feroces que ellas, la sepultan en una poción de cal viva, que humedecen para excitar toda la actividad de su fuego, y después la sumergen en un baño de plomo derretido. Viendo que con estos recursos no consiguen otra cosa que avivar más su fé, enardecer en gran manera su espíritu, acrecentar hasta lo sumo el delicioso fuego de su caridad y de su religion, la arrojan, por último, en medio de unas llamas, cuya voracidad solo podría ceder á la del Infierno. ¡Insensatos! el Dios que la ha fortalecido para resistir á los azotes, al potro, á los garfios, al fuego de la cal y del plomo, ¿no podrá debilitar, apagar del mismo modo las llamas? Estas rodean por todas partes su cuerpo, pero no hacen en él la más leve impresion. ¿Y aún así no os confesareis vencidos? ¿no os veis cubiertos de confusion? ¿aun podeis dudar del prodigio extraordinario que por tantos medios se os hace palpar? Pues atended, y vereis, que lo que no han podido vuestros esfuerzos, vuestras tentativas, vuestros furores, lo consigue con la mayor facilidad, para aumentar vuestra confusion, una sola voz de su divino y amado Esposo.

Este le habla en su interior: «Vén, la dice, amada mía, vén á re-

cibir la corona que te tengo preparada: deja ese áspero desierto y vén al Paraíso de las delicias: bastante has padecido; justo es ya que recibas el galardón de tus trabajos; vén.» Al punto, aquella alma santa, que no habia cedido al rigor de tantos tormentos, cede á la más leve insinuación de su Dios; sale del cuerpo en que tanto habia padecido; pero sale triunfante, bañada de los resplandores de la gloria, y en figura de una inocente paloma, más blanca que la misma nieve: dejándose ver de cuantos se hallaban presentes, se levanta sobre los aires, se dirige al Cielo, dando el último, pero el más irrevocable testimonio de la divinidad de su religion. Así confunde á todos sus enemigos, y hace que huyan avergonzados los verdugos; admira, atrae, edifica á todos los cristianos. Éstos, desde aquel instante, miran sus restos como la joya más preciosa: recogen, sin hallar en él la más leve lesión aquel mismo cuerpo, que pocos momentos ántes vieron cubierto de llagas; le custodian con esmero; le veneran con devoción; le originan altares; y el Señor manifiesta su aprobacion con una multitud de milagros, que por lo limitado del tiempo de que puedo disponer no me es posible referir. Diré, sin embargo, que san Gregorio de Tours, que escribió tres siglos después de la muerte de Eulalia, asegura como hecho notorio, y que estaba patente á la vista de todos, que en su tiempo se conservaban todavía junto á su sepulcro tres árboles, que en lo más riguroso del invierno, brotaban una multitud de flores del mismo color y de la misma figura de la paloma que se vió salir del cuerpo de la virgen con direccion al Cielo; que estas flores eran un presagio seguro de la fertilidad del año siguiente; que los habitantes de Mérida las recogian con la avidez y el regocijo que se deja conocer; que llevándolas en sus manos, acudian procesionalmente al templo, cantaban las alabanzas, publicaban las glorias, y celebraban con la mayor solemnidad el triunfo, la protección y el poder de su celeberrima compatriota; que dicha flores se conservaban con exquisita diligencia como una joya inapreciable, pues en ellas tenian una medicina segura contra todas las dolencias, y el remedio más eficaz contra todo género de males. Bien sé, que algunos críticos censuran á ese Santo de demasiado crédulo en tales materias; mas para mí es muy respetable su autoridad, que está además confirmada con varios otros milagros.

Pero, ¿qué necesidad tenemos de ellos? Eulalia es la admiracion de toda España. Todo el cristianismo se le reconoce deudor de uno de los más interesantes beneficios; de la paz que se concedió á la Iglesia después de tres siglos de horrosas persecuciones. Todos

los historiadores convienen, en que los feroces Diocleciano y Maximiano, no pudiendo soportar el oprobio de que se veían cubiertos con las completas victorias de una Eulalia en Mérida, de otra en Barcelona, de una Leocadia en Toledo, de unas Justa y Rufina en Sevilla, de unos Justo y Pastor en Alcalá, mártires de las cuales puede decirse, que adquirieron su fortaleza en la escuela de nuestra heroína; convienen, digo, los historiadores, en que, avergonzados, llenos de confusión Diocleciano y Maximiano, renunciaron la corona imperial que nunca debieran haber ceñido, y que vino poco después á adornar las sienes del gran Constantino; de este piadoso emperador, que concedió á la Iglesia la suspirada libertad de entregarse pública y seguramente al ejercicio de su religion, y de erigir en todos los pueblos altares y templos para ofrecer continuados sacrificios al verdadero Dios.

¿Qué gloria, qué satisfaccion para los que os habeis acogido á la proteccion de esta niña tan esclarecida! ¿qué confianza debeis tener en su patrocinio! ¡Ah! jamás ceséis de venerarla, de invocarla, y de imitar sus virtudes: en ella tendreis un asilo seguro en todas vuestras necesidades. Invoquémosla con fervor, despreciemos á imitacion suya la imprudente censura de los mundanos, sus insultos, sus amenazas, sus tormentos; puesto que el Señor, á quien servimos con nuestra fé, nos sostiene en los combates, nos asegura la victoria, y nos libra gloriosamente de las manos de nuestros enemigos. *Amén.*

 PANEGÍRICO

 DE SANTA EULALIA DE BARCELONA.

*Hac est victoria qua vincit mundum:
fides nostra.*

Lo que nos hace alcanzar victoria sobre
el mundo, es nuestra fé.

(I JOANN. V. 4.)

La Europa, noble hija del Calvario, mientras se alimentó de las doctrinas sanas y vigorosas del Catolicismo, rebosó de paz y felicidad, descollando entre sus hermanas; mas ahora presenta á la consideracion del hombre pensador, el triste espectáculo de una anciana llena de achaques, que apenas halla sostén en sus trémulas piernas, á pesar del báculo en que se apoya. Padece convulsiones frecuentes, unos espasmos horribles; y lo que más me estremece, á una repugnancia mortal de todo alimento reparador; junta un apetito estragado de sustancias deletéreas, y unos hábitos viciosos que acaban de aniquilar sus fuerzas. «Desesperaremos, empero, de su salud y de su vida? No, hermanos míos; hay todavía quien puede devolverla las fuerzas perdidas, cicatrizar y curar sus llagas. ¿Y quién es este médico? El catolicismo, oyentes, el solo catolicismo. Arrugnen en buen hora su frente altiva los filósofos, los políticos, los guerreros de cierta laya; oigan con desdén este lenguaje; nosotros, que de fé vivimos; nosotros, que hemos oído la palabra del espíritu del Señor: «maldito el hombre que en el hombre fia; no nos cansaremos de repetirlo: el mal que aqueja á la Europa es muy hondo; desconfiamos de la eficacia de todos los medios humanos para su curacion completa y permanente. Una filosofia orgullosa y bastarda, que, gloriándose de haber postrado al monstruo del materialismo y ateísmo, adopta, sin embargo, sus más fatales consecuencias, deificándolo todo para desconocer al verdadero Dios y negarle los debidos homenajes, ha extraviado lastimosamente muchas inteligencias; y el veneno de la in-

moralidad corroe los corazones. En estos últimos años, por delante de nosotros, han desfilaro numerosos ejércitos con sus banderas, los diplomáticos con sus soberbios trenes, los nuevos regeneradores con sus utopías, los tribunales con su romanesca exageración, y lejos de curar el mal, lo han empeorado. ¿Qué recurso queda, pues, á una sociedad, que vá perdiendo la vida por momentos? No nos cansemos: gran parte de los ilustres descendientes del Gólgota se han avergonzado de su noble origen, olvidaron á Dios y á su Cristo; y han de ver para su dicha ó desventura, que la heredera de las bendiciones no puede pasarse sin Cristo y sin Dios. Es necesario que ésta vuelva sin tardanza sus ojos á la Cruz, como el antiguo pueblo á la Serpiente de metal elevada en el desierto, si es que quiere curar de las mordeduras de mil otras serpientes que han envenenado sus entrañas.

¿Y quién es capaz de comunicar á unos seres ignorantes y excesivamente propensos de suyo al vicio, la sabiduría, la firmeza de ánimo y el valor sobrehumano que se necesitan, para oponerse al torrenciente devastador de errores y vicios sin cuento, que ahora como nunca se desbordan é intentan arrastrar en pós de sí la inteligencia y el corazón humano? La fé católica, aquella fé, que, si bien saltando sobre ruinas, y atravesando lagos de sangre inocente y pura, que el paganismo derramaba con profusion, cambió la faz de la tierra, y estableció en ella el reinado de la verdad y de la virtud. Aquella fé, que de una tierna virgen supo formar la heroína, cuyo nombre pronuncia hoy con entusiasmo esta ciudad; la heroína, ante cuyo sepulcro, con hanto mezclado de placer, se postran el rico y el pobre, el noble y el plebeyo, el niño y el anciano; la heroína, que por sí sola bastaría para engrandecer sobremanera el suelo ibero y llenarle de un justo orgullo.

Si, hermanos míos: Eulalia, esa preciosa victima, que la religion ofreció al Eterno en oloroso holocausto, cuando la tiranía pagana se empeñaba á todo trance en llevar á cabo su insano proyecto, de someter á todo el mundo al culto de las deidades del Capitolio, es y será siempre una prueba viva y elocuente de la sabiduría y valor que nos inspira la fé, para desmentir la ciencia y el poder de un mundo carnal enemigo de Dios y de su Verbo eterno. Hé aquí porque debiendo yo tejer la mística corona de esta virgen y mártir, gozo de Barcelona, gloria de nuestra pátria, y envidia del órbe católico, he adoptado aquellas palabras del amado discípulo, que con el mayor loconismo, pero con inimitable propiedad, reasumen su más positivo elogio: *«Hec est victoria que vincit mundum, fides nostra.»*

Con efecto, hermanos míos: el mundo diviniza las pasiones y los vicios, les ofrece sus incienso, les tributa sus homenajes; el mundo menosprecia las sublimes verdades católicas, y corre precipitado tras los más funestos errores. Pues bien: Eulalia luchó de frente contra esos desórdenes, y sin otras armas que la fé del Crucificado, salió de ambos victoriosa. Triunfó del vicio con su vida pura é inocente; triunfó del error con su heroica y gloriosa muerte: aquélla fué una prueba ostensible de la santidad de la religion, inaugurada en el Calvario con la sangre del Nazareno, y del valor que ella nos inspira para luchar contra el vicio; ésta fué un rasgo brillante de su divinidad. Quiera el Cielo que acierte yo á desenvolver dignamente un asunto tan interesante. A. M.

La saeta con que el Dios de los ejércitos traspasára el corazón del vicio y del error; la espada que habia de postrar á los enemigos de la cruz, era la fé. ¡Cuántos triunfos consiguió en los primeros siglos del cristianismo! ¡Qué de laureles no arrebató en los diversos y multiplicados combates que sostuvo contra la prepotente y supersticiosa ciudad de las Siete colinas! Fijémosnos, empero, en el que reportó nuestra invicta heroína, digno en todos conceptos de nuestra admiración y asombro. Escogida para ser una prueba viva y ostensible de la ciencia y valor que nos comunica la fé, parece que la virtud habia nacido con ella; y no bien su corazón es capaz de dirigirse á algun objeto, se fija en aquel Hombre Dios, en quien halla toda su complacencia y los elementos todos de labrar su felicidad. Un valladar de abrojos se empeña á porfia en impedir que la virtud penetre en su alma tierna é inocente; pero en vano, pues no llega á ser victima del vicio. A manera de la rosa, que, á pesar de las punzadoras espinas que la rodean, abre su capullo, extiende sus hojas y embalsama el ambiente con su grata fragancia, así Eulalia hermosea el ameno jardín de la Iglesia con su rara virtud, y exhala el más delicado perfume de santidad, rodeada por todas partes de las espinas del vicio, y en un suelo fecundo entónces en infames supersticiones. ¿Qué importa, que el politeísmo ofrezca á sus ojos una turba casi inmensa de divinidades? Ninguna llama su atencion, en ninguna encuentra simpatías su alma; la fé la inspira el más alto desprecio para con todas. Solo aquel Dios, que contempla blasfemado y perseguido, es de quien al instante se enamora, con quien íntimamente se une, y á quien exclusivamente se consagra. ¡Mirad con qué fervor le dirige de día y de noche sus inocentes súplicas, pidiéndole se digne ser el protector de sus tiernos años! ¡Con cuánta efusion reitera en su presencia sus

constantes votos, de no querer vivir más que para su gloria! ¡Con qué gozo le hace donacion de su alma, de su corazón y de todo su sér!

Angel celestial, que hacías subir al empuero el humo sagrado de la oracion de Eulalia; tú, que constante á su lado, oías sus gemidos y los trasladabas como saetas encendidas al tabernáculo del Dios de los ejércitos; tú podrias explicarnos cuán preciosa era aquella alma á los ojos del Señor, cuán digna de las delicias del Cielo, cuán acreedora á la admiracion de los ángeles y de los hombres. Yo solo puedo decirlos, hermanos míos, que ella lleva retratado en su semblante el candor, que sus ojos son la expresion verídica de su modestia, que de sus lábios está como pendiente la clemencia, que la piedad, el amor filial, la obediencia, la dulzura son como la corona de su virginidad. Separada enteramente de las cosas del tiempo, embargan su atencion los intereses de la vida eterna. Es bella como un ángel, y desdena su hermosura; su único deseo es agradar á Dios, y no á ojos humanos: es de sangre noble, y ni una sola vez acude á su nobleza para humillar, y mucho ménos para despreciar á sus inferiores; posee bienes y riquezas en abundancia; y lejos de envanecerse con su posesion, para mirar con desvío al pobre, al desvalido, nunca está más contenta como cuando trata con ellos y despliega en su obsequio rasgos de beneficencia. Inocente como la paloma, ajena á las ilusiones que la rodean, vive en el mundo como si no viviese en él; todos sus pasos se encaminan á Dios; su ocupacion continua es el estudio de las sagradas letras, la oracion y el ejercicio de la virtud: se complace en el retiro, ama la soledad, porque allí aprende á preceverse contra los asaltos de la seduction; allí su Esposo la habla, allí encuentra pábulo el fuego sagrado que la consume. Y este fuego vá tomando cada vez tales creces, que no tardará en producir un incendio, que será imposible atajar. Bien así como el fuego aprisionado en las entrañas de la tierra, busca con vehemencia una salida, causa terribles sacudimientos, abre muchas bocas, y, reventando al fin, vomita lava, arroja llamas, consume y devora cuanto encuentra á su paso; de otro modo el que arde en el corazón de Eulalia intenta quebrantar las prisiones que le contienen; y no tardará á salvar con una explosion extraordinaria todos los obstáculos que se le ofrezcan, para extenderse á cuanto hay de más difícil y heróico en la virtud.

Así lo temen los autores de su existencia, y por eso quieren moderar su fervor, trasladándola al efecto á una casa de campo no distante de la ciudad. ¡Impotentes designios! Retirada del trato del

mundo, se le brinda con más frecuencia la oportunidad de contemplar las bellezas de aquel Sér por quien está enajenada su alma, y al contemplarlas escucha una voz interior que la llama al combate; el pensamiento del martirio la persigue por dó quiera; ya vele, ya cierra el sueño sus virginales párpados, está viva en ella la idea de derramar su sangre por su Divino Esposo. ¡Y con qué anhelo suspira por el cruento desposorio! ¡Con qué ardor desea ofrecerse como hostia preciosa en aras de su amado! El navegante náufrago, en una oscura noche, no llama con tanta impaciencia la luz que le señale la vecina playa, como nuestra fervorosa virgen llama aquel dia que debe proporcionarle el logro de sus ardientes votos. Consuélate, virtuosa niña, ya se acerca el dia que tanto apetece.

Detengámonos, empero, hermanos míos, antes que amanezca ese dia, á reflexionar un momento sobre una vida tan edificante; en medio de tan peligrosas ocasiones y de ejemplos tan depravados, que conspiran contra su inocencia. Todo en torno de Eulalia es un abismo de iniquidad; donde quiera que fije su pié, no halla más que precipicios: aquí, la sensualidad convertida en un dios; allí, la venganza erigida en ley; ora el egoismo más glacial fomentado por las preocupaciones absurdas de los filósofos; ora la ambicion más desenfundada encubierta con el barniz de un clínico desinterés; en todas partes abominacion y escándalo, por dó quiera desórdenes y corrupcion. Sin embargo, ella, á la edad de catorce años, en la época de las ilusiones, cuando todo la sonríe y halaga, cuando las pasiones hablan al corazón el lenguaje más seductor, cuando el porvenir fascina, las esperanzas alucinan, y en nada se piensa sino en gozar; ella, repito, hace frente á tantos vicios, á tantos encantos, y se muestra rica en virtudes y agraciada con todas las bellezas de la religion. ¿Y quién la reviste del espíritu de fortaleza para combatir los vicios reinantes, é imponer silencio á los impulsos de una naturaleza corrompida? La fé católica. Esta fé la granjea la victoria. Sí, alma virtuosa, el mundo ha quedado vencido á tus piés. Tu vida intachable desmiente las máximas de este mundo seductor, demuestra que el cristianismo derrama en nuestro corazón una energia de sentimiento y accion capáz de triunfar de todos los vicios.

Es verdad, hermanos míos, que nosotros vivimos en una atmósfera contagiada por el crimen; cierto es, que hoy se lleva hasta el exceso la mollicie; que se hace gala de un cinismo insensato hácia todo lo que se opone á los goces materiales; se confunde con los usos de urbanidad lo que no es sino duplicidad é hipocresia; es indudable, que todos los crímenes, por enormes que sean, hallan al presente su

apología, su teoría, su modelo y su héroe en alguna de las obras dramáticas, novelas, libelos, periódicos, estampas y canciones, tan multiplicadas en Europa como los átomos en el aire; pero no es mémos incontestable, que la fé, que de una virgen tierna hizo un ejemplar perfecto de todas las virtudes en medio de un mundo henchido de perversiones, nos comunica valor para poder triunfar de tamaños desórdenes. Si Eulalia, pues, triunfó de ellos con la fé, ¿por qué no podremos nosotros alcanzar igual victoria? ¡Pueblos de Europa! Si no queréis que todas las edades y todos los sexos sean arrebatados por el impetuoso torrente que amenaza acabar con vuestra existencia, llamada á esta fé sublime, á esta fé omnipotente: ella sola os puede salvar y labrar vuestra ventura.

Pero vá ya á amanecer, señores, el dia feliz en el que Eulalia, victoriosa de la corrupcion del mundo, triunfa tambien de sus errores. El grito de guerra á muerte lanzado desde Roma contra los cristianos, bajo el imperio de Diocleciano, llega á nuestra España, sujeta entónces á la dominacion de la hidra del Capitolio. Un hombre cruel, feroz é inhumano, cuyo nombre está escrito en caracteres sangrientos, Daciano, hermanos míos, preséntase en esta ciudad, y publica en el acto un decreto para exterminar á cuantos se resistan á ofrecer incienso á los ídolos. Todos temen; el terror impera por dó quiera, y no se oyen más que lamentos y tristes gemidos. En medio de esta general consternacion que ha sembrado aquel bando homicida, una doncellita cristiana, en cuyo semblante sonrien las gracias, déjase ver agitada de un santo entusiasmo, que llama la atencion de cuantos la conocen; es Eulalia, que medita salir á defender públicamente el honor ultrajado de su Esposo. Mas, ¿cómo burlar la vigilancia de sus padres? ¡Ah! no temais, ya ella lo tiene premeditado: aguarda que la noche extienda su elutado manto sobre la naturaleza, y cuando se la cree entregada al sueño, abandona el lecho, sale silenciosamente de la techumbre paterna, y sola, sin otra compañía que la de su ángel tutelar, sin más recursos que su fé, sin otras armas que su virtud, henchida de placer y brillante de hermosura, camina hácia la ciudad. Apénas llega á sus muros, oye la horrible voz de la trompeta, que convoca á todos los vecinos á ofrecer sacrificio á los vanos simulacros; apresura el paso, se dirige al tribunal del tirano, atravesada por medio de las guardias, llega á su presencia; y sin palidecer, sin inmutarse, le reconviene con energia, le dá en rostro con su impio proceder, y con sólidos ratiocinios desenvuelve los dogmas de la unidad de Dios y la divinidad de su unigénito Jesucristo.

No ruge tan espantosamente el leon de los bosques herido por el

venablo del diestro cazador, como Daciano al oír las palabras de la valerosa virgen. Arde en su pecho la llama de la venganza, como el fuego en las entrañas de un volcán; el cráter arroja la lava; y así el tirano, sin más dilacion, manda que la despedacen con crueles azotes, descoynten sus huesos en el ecúleo, y rasguen sus costados con uñas aceradas. ¡Vanos esfuerzos! Nada es capáz de infundir en Eulalia la menor debilidad. Ella ve surcadas con el hierro sus blandas é inocentes carnes; ve como la sangre corre de sus heridas á borbotones; ve molidos y quebrantados sus huesos; y con una serenidad sobrehumana engrandece á Jesucristo, y contesta al tirano, que ella jamás adorará las deidades que nada son y nada valen, y que está decidida á sufrirlo todo ántes que abandonar sus creencias. El despecho de Daciano ya no conoce límites á vista de este portento de constancia, é inventa nuevos tormentos; ¡Insensato! ¿No adviertes, que un génio superior al humano propósito es el que pelea y triunfa en esa barcelonesa fervorosa, que tan mal parado deja el culto de tus ídolos? ¿No ves, que multiplicando en ella los tormentos, hacinas laureles para adornar su frente victoriosa? ¡Háste visto ignominiosamente humillado por una tierna virgen en los suplicios que hasta ahora has ordenado, y piensas que esos nuevos que vés á ensayar tengan mejor éxito, y te den el resultado que apetece? Desengáñate, no lo conseguirás.

De hecho: friegan con tientos sus carnes, vierten aceite hirviendo sobre sus llagas, la envuelven en viva devoradora cal, derraman sobre ella plomo derretido; mas nada la consume, nada la debilita. La aplican hachas encendidas á los costados; pero la llamarada, volviéndose contra los bárbaros ministros y cebándose en ellos, hace el más horroroso estrago. La pasean desnuda por la ciudad; pero el Cielo envía copos de nieve, que cubren su desnudez como si fuera un candidísimo velo. ¡Dios eterno! ¿Y es posible que aún persista el paganismo en su ciega obstinacion? ¿Y no le convencen estos prodigios? ¿Qué es lo que espera en lucha tan desigual? ¿Triunfar del Cielo? ¡Locura! ¿Quebrar la constancia de su victima? ¡Oh! bien puede agotar invenciones diabólicas, pues nada le bastará para salir airoso de la lucha. El implacable Daciano, viendo un prodigio de heroismo tan singular, y calculando los funestos resultados que podría producir en el pueblo, determina que, pendiente nuestra heroína en una cruz, remate allí sus heroicos días. Barcelona, feliz Barcelona, prepara palmas, dispón ramos de olivo, apresúrate á recoger flores para coronar el último esfuerzo de tu heroína. Contéplala en el patíbulo que la recuerda el amor de su Esposo: ¡con qué fervor

celebra sus glorias! Mas, es hora ya que cese el combate; el Cielo se abre, baja veloz el ángel de la victoria: la virgen magnánima inclina la cabeza, despliega sus purísimos líbios, una blanca paloma sale de su boca, su alma cruza el espacio y sube al solio del Eterno, á ceñir la diadema debida al triunfo de la fé contra el vicio y el error. ¡Mundo perverso! Una tierna niña ha burlado tus ensueños, y ha dado un golpe mortal á tu orgullo. La bastarda filosofía, los enemigos de la cruz, no pueden explicar sin el concurso de una influencia superior al hombre, un valor tan heroico, una fortaleza tan incontrastable, una resistencia tan firme y tan constante en confesar la fé. Demasiado lo sabemos: la criatura es débil, el halago la ablanda, los placeres la seducen, lo presente la arrastra, los dolores la abaten, los padecimientos la acobardan, el temor de la muerte la horroriza. Sin embargo, Eulalia se hace superior á todo, lo desprecia todo, lo sufre todo, por no faltar en nada á lo que debe á su Dios. ¿Quién elevó su natural debilidad á ese grado de heroísmo tan asombroso? La fé católica. Luego, la fé que obra esos portentos es divina; luego, todo lo que se le opone es falsedad; y hé aqui como nuestra fé, no solo triunfa del vicio, sino del error.

Ciudad ilustre, noble y religiosa Barcelona, gloriarte, rebosa en júbilo, y alzando tu voz, ensalza las glorias y canta los triunfos de esa esclarecida hija tuya, que préz y lauro tanto te dié. No te contentes, empero, con admirar su fé heroica; aspira á algo más, esfuérzate á imitarla; trabaja por participar de su triunfo. Ella fué fuerte, no seas tú débil; ella fué fervorosa, no seas tú tibia; ella fué leal, no seas tú inconstante; ella fué pródiga de su vida y de su sangre á trueque de conservar ilesas sus creencias, y sin mancha su conciencia; jamás hagas tú traicion á ésta, ni renunciés á aquéllas. Escucha la voz que sale de su sepulcro glorioso: ¡Barceloneses! os dice, la fé os abrió la senda de la civilizazion; la fé es la única que, al través de los siglos, viene siendo entre vosotros el móvil de todo lo bueno y heroico; la fé es la que marcha á la cabeza del verdadero progreso; sin la fé esta ciudad no seria tan ilustre, tan envidiable. Pero entended, que á mis virtudes, á mi valor y constancia en padecer y morir por Jesús, es debido, en gran parte, el triunfo moral que alcanzó en esta ciudad el principio civilizador, fuente perenne de vuestra felicidad. ¿Desconoceréis el origen de vuestra grandeza? ¿Dementiréis mi fidelidad á la fé, mi constancia en conservarla pura en medio de los suplicios...? Así nos habla nuestra heroína, hermanos míos: levantémonos, pues, de la postracion en que nos tienen sumidos las modernas doctrinas, de la indiferencia que engendra

la impiedad filosófica. Animados con los ejemplos de Eulalia, triunfemos del vicio, ofreciendo en nuestra vida una prueba de la santidad del Evangelio; triunfemos del error, confesando siempre los dogmas de nuestra santa religion.

¡Virgen y mártir ilustre, que desde el resplandeciente solio que ocupas en la region feliz de la inmortalidad, nos incitas á pelear á ley de valientes contra el poder del abismo! alcánzanos de tu Esposo celestial una fé pura, una fé viva, una fé horóica, para que triunfando tambien nosotros de los vicios y errores de este mundo faláz, lleguemos á conquistar la palma reservada á los fieles adoradores del autor de nuestra fé en la mansion de la felicidad eterna. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SAN FELIPE, APOSTOL.

Nemo venit ad Patrem, nisi per me.
Ninguno vá al Padre sino por mí.
(JUANN. XIV, 6.)

Hoy nos recuerda el Evangelio á Jesucristo hablando á sus apóstoles, y diciéndoles para su instrucción: Ninguno vá á mi Padre sinó por mí. Ninguno puede llegar á la posesion de la bienaventuranza, que consiste en gozar de la presencia del Padre celestial, sinó por medio de su enviado Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida; sin que crea en Jesucristo y le imite con sus obras. Inútiles son todos los esfuerzos, las más rigurosas austeridades y penitencias, las mayores limosnas y obras de caridad con los necesitados y afligidos, la vida más honesta y honrada, segun el mundo, si no tenemos la fé en Jesucristo y creemos y confesamos, que Él es el Hijo y enviado de Dios Padre y en todo igual al Padre, que quiso redimirnos y salvarnos. Y es inútil tambien nuestra fé; no basta que confesemos y creamos en Jesucristo, Hijo de Dios vivo, si no acompañan las obras y se conforman con nuestra creencia; si no imitamos los ejemplos de Jesucristo, y vivimos segun la ley que nos señaló para que merezcamos la gloria. Esto es lo que hoy protesta Jesús á sus apóstoles y lo que nos enseña á todos diciéndonos: Ninguno puede ir al Padre celestial sinó por mí.

El glorioso apóstol, cuya memoria celebramos y recordamos hoy con nuestra madre la Iglesia, San Felipe, reina ahora con el Padre celestial y está lleno de gloria y de poder en el Cielo; triunfó de los enemigos de su alma y entró glorioso en posesion de la patria de los Santos; porque se grabó profundamente en su alma esta máxima fundamental de la religion de nuestro divino Maestro: creyó con una fé viva en Jesucristo, y fijó todos sus deseos y sus esperanzas en imitar sus ejemplos.

¿Qué más podré decir para formar su elogio, y para que nos esforcemos todos á creer y acercarnos á Jesucristo como conviene, para llegar al Padre celestial por su medio, para que renazca y se vivifique en nosotros la fé, que tenemos tan amortiguada, y produzca frutos de vida eterna? ¿Para que nos encendamos en el celo de la honra y gloria de Dios y de la religion de Jesucristo como el apóstol que veneramos en este dia? A este fin encaminaré mi discurso, que será un sonido que pasa y se disipa, si Vos, Señor, no os dignais acompañar mis palabras con los auxilios de vuestra gracia. Reconociendo mi indignidad y miseria, os la pido, Señor, con confianza, por la intercesion de la Reina de los apóstoles, á la cual saludamos con el ángel: A. M.

Mundo corrompido y seductor: ¿qué son tus promesas, tus glorias, tus diversiones, tu ciencia y todo lo que ofreces á tus seguidores, entre los deleites llenos de amargura con los brindas? ¿En qué paran tus grandezas, tus brillantesces y esos anchurosos y desahogados caminos, que abres á los nécios que no conocen su bien? Sin Jesucristo, sin ir guiados por Jesucristo, sin entrar por la puerta del redil, que es Jesucristo; sin creer y confesar á Jesucristo por nuestro Salvador y Redentor, podremos disfrutar placeres, diversiones, riquezas, comodidades, los bienes aparentes y caducos del mundo; pero no podremos conseguir la dicha de unirnos al Padre celestial, de llegar á Dios y entrar en la posesion de la Gloria. ¡Dichoso aquel que cree y confiesa á Jesucristo y sigue en pós de Jesucristo! Su felicidad será inamisible y eterna, y sus bienes y consolaciones sobre todo encarecimiento.

Así lo hizo el apóstol san Felipe. Simon, que despues se llamó Pedro, y Andrés su hermano, oyeron al Bautista, que Jesús era el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, el Mesias prometido, y le siguieron inmediatamente. Pasa Jesús á Galilea, encuentra á Felipe, y le dice: *Sígueme*; y sin más exámen, sin más dilacion, sin más consejo, sin más precedente, todo lo abandona y sigue á Jesucristo. ¿Pero qué ve en Jesús, ó qué reconoce en Jesús, para resolverse tan decididamente á seguirle? Sus ojos no ven sinó á un hombre como los demás, y, sin embargo, le reconoce por el verdadero Hijo de Dios. Sus ojos no descubren sinó á un pobre, descalzo, mal vestido, sin ostentacion, sin séquito, sin grandeza, despreciado del pueblo y reputado por hijo de un artesano; y su alma, no obstante, ve y reconoce en Jesús al Mesias verdadero, anunciado de tantas maneras, y suspirado por tantos siglos; al que ha de ser el Reden-

tor y la salud de todas las naciones y de todos los pueblos. Ve á un hombre desvalido, sin autoridad, sin apoyo, de quien nada puede prometerse en este mundo, y todo lo abandona. Pide licencia para ir á enterrar á su padre, y Jesús le dice: *Que deje á los muertos que entierren á sus muertos*; y bastan estas palabras para que inmediatamente deje á otros el cuidado de dar sepultura á su padre, y siga en pós de Jesucristo. Pero es poco para Felipe seguir constantemente á Jesucristo; desde que le halla y confiesa y reconoce por el Mesías prometido, se llena de gozo su alma, y nada desea, por nada suspira, sinó porque todos los hombres le conozcan y confiesen. Encuentra poco despues de estar en la escuela de Jesús á Natanael, y le dice: He tenido la dicha de hallar á Aquel, de quien tanto ha hablado Moisés en los Libros de la ley, de quien tanto nos han anunciado los profetas: ya hemos encontrado y tenemos entre nosotros al Salvador; y este es Jesús, conocido por el hijo de José el de Nazareth. Aún no es apóstol; todavía no le ha confiado Jesús el encargo de predicar su nombre á los demás; y ya llama á Natanael, y quisiera que todos los hombres reconociesen á Jesús por el enviado de Dios para salvarlos.

El mundo se asombrará al ver un prodigio de fé tan viva y eficaz, ó mirará esta conducta como una temeridad y locura; pero el cristiano reconoce un dón de Dios, una providencia singular: la virtud del Espíritu santo, que es el autor y dador de la sabiduría y conocimiento verdadero, de la gracia del Señor, tan poderosa y tan suave, que iluminó y atrajo al conocimiento y seguimiento de Jesús á san Felipe; y de un honrado y respetado artesano de Betsaida, ciudad de Galilea, formó un ilustrado y celoso apóstol. Nosotros, como cristianos, alabaremos y engrandeceremos á san Felipe, porque tuvo la dicha de creer en Jesucristo y llegar por su fé al Padre celestial.

Veamos tambien como cifró todos sus deseos y empleó sus esfuerzos en imitar á su Maestro. ¿Podría dejar de encender á los demás el fuego en que este apóstol estaba inflamado? Despues que descendió sobre él el Espíritu santo, ¿tuvo, acaso, otro empeño, qué el de llevar la luz del Evangelio á todo el mundo? Felipe corre por regiones desconocidas y distantes, recordando á todos los hombre el aviso que dió á Natanael: *invenimus Jesum*: Ya ha venido el Salvador de los pueblos, y es preciso derribar todos los ídolos y vivir segun su religion. Predica en Francia, en las dos Frigias, en la Escitia. En Hierápolis, ciudad de la Frigia Capaciana; hizo pedazos la estátua de una monstruosa vibora á la cual adoraban; convirtió á la fé á aquellas gentes, y fundó allí una floreciente iglesia. En toda el Asia superior ganó innu-

merables almas para Jesucristo; siendo esto tanto más de admirar, cuanto que la Escitia, en la que fué el pregonero del Evangelio, se reputaba por el pueblo más bárbaro, más intratable y más inhumano. En la misma ciudad de Hierápolis estableció su metrópoli; y desde allí hizo, que todas aquellas regiones se convirtiesen á la verdadera fé y abrazasen con ella el fervor y la piedad cristiana.

Pero ¿de qué medios se valió este ministro del Señor para sus prodigiosas conquistas? ¿Vá provisto, por ventura, de grandeza y poder, de recursos humanos, de la proteccion de los grandes y poderosos; ofrece ventajas á sus prosélitos; les anuncia una religion cómoda, conforme á sus inclinaciones, á sus placeres, á sus deleites, á sus usos y costumbres? Nó. hermanos míos, no tiene, ni quiere, ni reconoce otras armas ni recursos que la imitacion de Jesucristo. Cree en Él con fé viva, y emplea todos sus esfuerzos en imitar sus ejemplos. La pobreza, la humildad, la paciencia, la oracion, aquella dulzura afable, que sabe ganar los corazones para Dios; aquel fervor para emprenderlo todo, propio del celo que viene de Dios; aquella fortaleza para resignarse con todo género de tribulaciones y trabajos; hé ahí los medios de que se vale para extender el reinado de Jesucristo. Preciso era que él imitase á Jesucristo para poder inculcar á las gentes que le imitasen, y sin sus ejemplos hubieran sido inútiles sus palabras. Felipe le predica con constancia, hasta dar su vida por Él en una cruz, en la cual espiró á manos de los enemigos de la nueva religion, encomendando á Dios su alma y su pueblo, y rogando, como su Maestro, por sus mismos verdugos y perseguidores.

Felipe, imitando á Jesús en su vida y en su muerte, se hizo semejante á Jesucristo; y por eso llegó por Él al Padre celestial, y goza de la felicidad eterna que prometió el Señor á sus ministros.

Tambien nosotros creemos en Jesucristo; nosotros tambien, amados míos, hemos tenido la dicha de ser alumbrados con las Luces de la fé y de reconocer y confesar á Jesucristo por el Mesías verdadero, por nuestro Salvador y Redentor. Pero ¿es nuestra fé tan viva, tan fervorosa, tan pronta y tan llena de celo como la de nuestro santo apóstol? ¿Engendra en nosotros un amor á Dios, un desapego y desprecio de los bienes terrenos tal, que estemos prontos á dejarlo todo para seguirle por los caminos que nos señale? ¿Ardemos en deseos de que las naciones y los hombres todos reconozcan y adoren á Jesús por el Hijo verdadero de Dios? ¿Qué aprecio hacemos de nuestra fé, de este dón inestimable, que es el principio, el fundamento de nuestra justificacion y nuestra dicha, y sin la que es imposible que agrademos á Dios? Creemos en Jesucristo, le cono-

mos y confesamos por nuestro Dios: ¿pues, por qué inconcebible contradiccion con nosotros mismos, no le amamos, no le servimos, y no imitamos sus ejemplos? ¿Creemos que para llegar al Padre celestial no basta creer en Jesucristo, aunque nuestras obras sean contrarias á las de Jesucristo? Entónces no tendrán que temer los que viven en la dispacion y corren sin freno en la satisfacion de sus pasiones. No tendrán que temer los que desprecian la ley de Jesucristo, y se entregan á la disolucion y los escándalos; los que desacreditan con sus costumbres criminales á Jesucristo; los que no tienen de cristianos más que el nombre, y son la deshonra del cristianismo. Entónces no será verdad, que la fé sin obras es una fé muerta, como los apóstoles nos lo enseñaron con sus escritos y sus ejemplos. Creer en Jesucristo, y no vivir segun Jesucristo, es una fé estéril, inútil, una fé que servirá para mayor tormento, una fé semejante á la de los demonios, que creen y se estremecen.

Gozecemos y apreciemos el dón de la fé con que nos ha favorecido el Señor, separándonos por su bondad de tantas naciones bárbaras, que no le conocen ni lo adoran; este dón, sin el que seríamos eternamente desgraciados, porque no podríamos llegar á unirnos al Padre celestial, que es en lo que consiste la felicidad verdadera y eterna. Hagamos que viva en nosotros esta fé por la vida que la dá la caridad, por las obras de virtud, por unas costumbres conformes con la fé que profesamos, imitando á Jesucristo y siguiendo sus ejemplos como nuestro santo apóstol. Este creyó en Él, le imitó, le siguió; y nada deseó tanto como extender su fé y la religion entre los hombres, anunciando su doctrina, y practicando en si mismo sus preceptos. Si se hubiera contentado con creer, ni gozaria hoy de la Gloria, ni le veneraríamos como santo. Sigamos, pues, sus ejemplos; avivemos nuestra fé; y si creemos en Jesucristo empecemos por amarle; y si le amamos, tendremos tambien el celo de su apóstol: suspiraremos, trabajaremos, haremos cuanto esté de nuestra parte con nuestros ejemplos, nuestras exhortaciones y consejos, con nuestra autoridad, para que los demás le amen y confiesen por el Hijo verdadero de Dios. Asi nos acercaremos á Jesucristo, y por Él llegaremos al Padre, en donde hallaremos el descanso, la salud y la felicidad.

Nuestro deber, nuestro oficio de cristianos, nuestro propio interés no es otro que creer en Jesucristo, é imitar sus ejemplos: nuestra obcecacion y el apego á los placeres del mundo nos extravía, y no nos deja ser consiguientes en nuestra fé, de que tanto nos gloriamos. Pero, desde ahora, nos resolvemos á atender con seriedad á

ajustar nuestra vida á la ley de Jesucristo que profesamos, y á procurar que todos los hombres le confiesen y adoren.

Favoreced, ilustre apóstol, favoreced nuestra resolucion; interceded con el Señor para que nos asista con sus auxilios; dispensadnos vuestra proteccion, y sirvan vuestros ejemplos para encendernos en vuestro celo. Rogad por nosotros, para que llegádonos á Jesucristo en esta vida por una fé viva, y por la imitacion de sus ejemplos, nos unamos despues con el Padre, el Hijo y el Espiritu Santo en la Gloria, y cantemos todos las divinas alabanzas por los siglos de los siglos. *Amén.*